



Lorenzo Meyer en El Colegio de San Luis

Elecciones mexicanas y globalización

La globalización, las elecciones en México y la relación con Estados Unidos son los temas que trató Lorenzo Meyer, historiador de El Colegio de México, el 24 de mayo de 2000, en el auditorio de El Colegio de San Luis, en la coyuntura previa a las elecciones del 2 de julio. Presentamos a continuación una síntesis de su discurso, el cual ha sido modificado en su forma a fin de darle actualidad poselectoral.

Estabilidad, la condición *sine qua non*

La relación de Estados Unidos con México, en conjunto, ha pasado por varias etapas, pero a partir del final del siglo XIX la estabilidad empezó a ser parte del interés de EU. En este contexto, el gobierno estadounidense vio una pérdida de la estabilidad política mexicana desde 1910, al inicio de la revolución, hasta 1929, en vísperas de la creación del Partido Nacional Revolucionario (PNR). En ese entonces se dio un acuerdo muy real y firme entre el gobierno mexicano y un embajador innovador, Dwight Morrow, quien rompió los moldes de los enviados anteriores y ejerció sus funciones diplomáticas con base en la visión del primer ministro británico. Morrow decidió que aquel era el momento de cooptar a México, y pactó el reconocimiento al régimen callista y a la revolución mexicana a cambio de un relajamiento en la política mexicana en cuanto a la legislación agraria y petrolera, pero sobre todo con la condición de que se garantizara la estabilidad política a como diera lugar.

De esta manera, con la condición fundamental de la estabilidad política, es como se ha mantenido la relación con Washington. No obstante, ha habido crisis menores, como las provocadas por el gobierno de López Mateos por su política hacia Cuba, el activismo echeverrista, la política petrolera de José López Portillo —quien buscaba usar el petróleo para darle a México una capacidad de acción que algunas veces se opuso a los intereses estadounidenses, sobre todo en Centroamérica—, o el rescate financiero ante los vaivenes de la economía mexicana.

En términos generales, no hubo gran variación en la manera como Estados Unidos veía a su vecino del sur hasta ahora, en la actual coyuntura [antes y después del 2 de julio], cuando el gobierno estadounidense vislumbra la



disfuncionalidad del PRI. De hecho, en 1988 se había preguntado ya qué sucedería si el partido gobernante perdiera el poder. En ese entonces la respuesta no dejaba lugar a dudas: apoyar al Revolucionario Institucional, al presidente Miguel de la Madrid y al candidato priista Carlos Salinas contra la avanzada del Partido de la Revolución Democrática (PRD). Washington no aceptaba un posible giro a la izquierda en el gobierno mexicano ante la existencia de la Unión Soviética. De hecho, hubo un acuerdo internacional en apoyo del *statu quo* mexicano, con la finalidad de no complicar más el panorama. En 1994, ya desmembrado el régimen comunista y ante la inminente victoria de Ernesto Zedillo, los estadounidenses no movieron una sola pieza del rompecabezas.

Ahora, previendo la derrota electoral de Francisco Labastida, Washington empezó a estudiar cuál sería su política en caso de un cambio de partido en el gobierno, y decidió que esta se daría en el sentido de no oponerse al cambio, por dos razones: Estados Unidos no tiene enemigos en el mundo que pudieran aprovecharse de la situación mexicana, y la alternancia en el poder marcharía por la derecha, tendencia cercana a los intereses estadounidenses.

Tengo la impresión de que a la clase política de EU le gustaría ver a otro partido en la Presidencia de México, por-

que las últimas elecciones no han sido fuente de legitimidad, y sin ella el sistema pierde poder político para mantener la cohesión, la disciplina y la gobernabilidad.

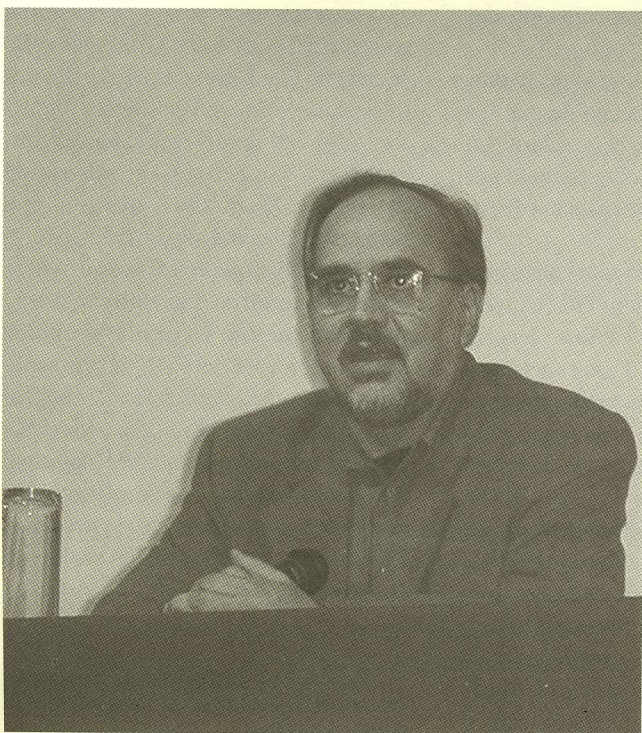
En resumen, aunque se tiene una visión simplista de las elecciones mexicanas, no hay motivo de preocupación de los estadounidenses en cuanto a los resultados [que finalmente se dieron], a diferencia de los comicios peruanos, donde se discutió la legitimidad de la reelección de Alberto Fujimori. De esta manera, en la actualidad Estados Unidos usa la democracia, además de los derechos humanos, como forma de intervenir en un país.

Otro gran problema es encontrar la manera de mantener sana la economía mexicana.

Migración y narcotráfico

Dos problemas que no pierden relevancia en el contexto actual, si bien son de índole social y no política, son la migración y el narcotráfico. En el país del norte hay 2.5 millones de trabajadores mexicanos indocumentados, cantidad a la que nunca se había llegado antes y contra la que habría mayor discriminación ante una posible recesión en la economía estadounidense.

En cuanto al narcotráfico, este tiene un nexo relativo con las elecciones en cuanto que el cambio de partido en el gobierno aceleraría la transformación de los aparatos policíacos y de impartición de justicia. A los estadounidenses les interesa limitar la corrupción mexicana, no por razones éticas, sino por la eficacia en el combate al crimen.



Nacionalismo mexicano

El nacionalismo mexicano se fortaleció en el siglo XIX con un espíritu antimperial, pero se le usó como cobertura de trapacerías. A partir de la década de los 90, este nacionalismo no tiene ya vigencia como fuerza política. De hecho, en la actualidad no existe una política de largo plazo frente a Estados Unidos. No hay nada que haya sustituido al nacionalismo decimonónico y posrevolucionario, corrompido por el uso excesivo.

Estados Unidos sabe lo que quiere de México, pero nuestro país no sabe qué quiere de su vecino. México tiene clara conciencia de su dependencia, de la fragilidad de la relación bilateral y de que aquí no se ha dado la globalización, porque México no está globalizado sino *americanizado*. Para México, el mundo es Estados Unidos.

En cien años no había habido un vacío de política exterior. Por ejemplo, la estrategia porfirista era evitar que Estados Unidos controlara las comunicaciones ferroviarias, además de que buscaba atraer inversiones de Europa como contrapeso de las acciones estadounidenses. De la misma manera, con la revolución se establecen las leyes de inversión extranjera y el artículo 33, que actualmente está pasado de moda; pero ahora se reacciona día a día, por ejemplo en el caso de muerte de un indocumentado. No existe, pues, una política clara para la relación con EU; no se sabe qué es a lo que se aspira como nación.

En un ensayo publicado a mediados de los 40, en *Cuadernos americanos*, Daniel Cosío Villegas señaló que a fines del régimen posrevolucionario, ya para acabar el siglo XX, se iba a generar una gran crisis que llevaría a la elite política mexicana a recurrir a EU; y previó que probablemente este país ayudaría al nuestro, pero advirtió que entonces México se perdería como proyecto nacional.

La Unión Soviética tuvo un proyecto de identidad que perdió de manera dramática ante el cambio de régimen, y este es un síndrome en el que México podría caer si no define su propósito como nación.

Lorenzo Meyer Cosío

Doctor en relaciones internacionales por El Colegio de México, con estudios de posgrado en ciencia política en la Universidad de Chicago. Ha sido profesor investigador de El Colegio de México, director del Centro de Estudios Internacionales y de la revista *Foro internacional*.

Ha publicado *México y Estados Unidos ante el conflicto petrolero* (El Colegio de México, 1968) y *El conflicto social y los gobiernos del maximato* (El Colegio de México, 1978), entre otras obras.